

Reseña/Review (Sadin, Éric, “La humanidad aumentada. La administración digital del mundo”, Buenos Aires, Caja Negra, ISBN: 978-987-1622-53-5, 160 págs., 2017; y Sadin, Éric, “La silicolonización del mundo. La irresistible expansión del liberalismo digital”, Buenos Aires, Caja Negra, ISBN: 978-987-1622-65-8, 320 págs., 2018).



En la conocida película *Ocean's Thirteen*, la tercera de una saga en la que un grupo de ladrones profesionales se dedican a hacer robos espectaculares, se muestra una escena en la que George Clooney y Brad Pitt, actores protagonistas del filme, narran a un tercer ladrón cómo van a

sortear las contingencias para ejecutar su plan maestro: el saqueo de un casino de Las Vegas. Todo parece estar milimétricamente calculado, desde el polímero con el que se elaboraran los dados trucados hasta la vía de escape para la huida, excepto por una falla: un sistema de seguridad del que no saben nada. Al exponer las dificultades para conocer el *modus operandi* de este sofisticado dispositivo de seguridad, el tercer ladrón, que parece un tipo con conocimientos expertos en el campo de la informática, tiene una intuición: usarán ‘el Greco’, un complejo sistema de seguridad dotado de inteligencia artificial que recoge bioinformación sobre la dilatación de las pupilas, el ritmo cardíaco o la temperatura corporal y calcula por segundos si las variaciones algorítmicas del juego permanecen estables. Un súper cerebro que, en sus propias palabras: “no piensa, razona”, y ante el que no se podría hacer nada. La astucia de un equipo de ladrones, que ya demostró tener la habilidad para llevar a cabo hurtos imposibles en películas anteriores, se revela impotente frente al poder omnisciente de la inteligencia artificial. Esta película fue rodada en 2007, y anticipaba lo que Éric Sadin (2017) afirma que se convertiría en el paradigma de la revolución digital de la segunda década del siglo XXI: la autonomía de la técnica adquirida por márgenes de interpretación y decisión. ‘El Greco’ sería la cristalización de este paradigma, una máquina que saca sus propias conclusiones atendiendo a las modulaciones de una serie variables.

1. La humanidad aumentada. La administración digital del mundo

Desde hace varias décadas la técnica padece alteraciones ontológicas. Si antaño cumplía la función de una extensión protésica para lograr satisfacer las deficien-

cias corporales, poco a poco ha ido metabolizando su estatuto hasta convertirse en un agente abstracto dotado de una capacidad amplificada para llevar a cabo operaciones de razonamiento que exceden las facultades del cerebro humano. Éric Sadin localiza el origen de esta mutación en las primeras manifestaciones de la cibernética, a mediados del siglo XX, ya sea atendiendo a requerimientos administrativos para el almacenamiento de grandes cantidades de datos poblacionales, o con fines militares, como por ejemplo, el desarrollo durante la Segunda Guerra Mundial de procedimientos de evaluación automatizados para establecer patrones en la trayectoria de los aviones de combate, con el objetivo de derribarlos con mayor precisión. La evolución progresiva de la cibernética está determinada posteriormente por la producción en serie de computadoras, lo que marcó el apogeo de la ‘condición digital’ (Sadin, 2017), donde dos grandes compañías fueron cruciales: Microsoft, cuya actividad estuvo centrada en la elaboración de software, y Apple, que privilegió el hardware y la comodidad del uso de los artilugios a través de principios ergonómicos. Estas continuas transformaciones de lo digital alcanzarían un punto de inflexión con la creación del walkman, en 1979, lo que inauguró “en parte el doble fenómeno posmoderno de la *movilidad* y de la *individualización* por el hecho de que la portabilidad induce una forma de liberación del cuerpo basada en el incremento de la autonomía del campo personal de acción” (Sadin, 2017, p. 50). El desplazamiento de la técnica culminó con la comunión entre Internet y la telefonía móvil, dando lugar al *smartphone*, una herramienta de uso particular y cotidiano conectada a una red universal que condensa de manera ejemplar el detrimento de la materialidad del objeto en beneficio de algoritmos que, como usarán ‘el Greco’, poseen capacidades de interpretación y decisión. Esta nueva etapa tiene como resultado una mutación antropológica definida por una ontología dual: la intersección cada vez más densa de lo humano y lo artificial, dando lugar a una ‘Antrobología’ (Sadin, 2017).

En este nuevo tipo de sociedad *terciarizada*, cuyo arquetípico es el *geek*, un individuo neofílico sujeto a la inestabilidad temporal y al fetichismo tecnológico, la materia prima son grandes nubes de datos que se almacenan en granjas de servidores repartidas a lo largo de

todo el planeta. Pero, como narra Sadin en *La humanidad aumentada* (cap. 4), no únicamente se necesitan grandes superficies para albergar a “cerebros electrónicos”, sino que estas máquinas con habilidades intelectivas requieren también del incremento de las aptitudes sensoriales, lo que le permite atender a un mayor número de variaciones en el entorno que las proveen de una *subjetividad ampliada*. Estamos asistiendo “a la humanización perturbadora de las máquinas, ya no en la forma de un antropomorfismo ingenuo, sino mediante la adquisición de cualidades que hasta entonces se consideraban privativas del género humano y que hoy se presentan bajo modalidades más *fiabiles y ampliadas*” (Sadin, 2017, p. 122). Esta transformación acelerada de la técnica no responde únicamente a la instauración de un nuevo modelo industrial caracterizado por un progreso tecnológico inexorable, sino que es el resultado de un nuevo proyecto civilizatorio: el tecnoliberalismo. El *Zeitgeist* digital del siglo XXI tiene sus raíces en la bahía de San Francisco, California, donde en el interior de grandes estructuras de cristal y aleaciones de acero operan empresas como Apple, Google o Twitter y se preparan para la (sili)colonización de la existencia.

2. La silicolonización del mundo. La irresistible expansión del liberalismo digital

Silicon Valley no es únicamente una región de California, es también un lugar de culto para los nuevos profetas digitales al que rodea un aura cuasi religiosa. Sadin (2018) ubica sus orígenes en la década de los 30 del siglo XX, cuando Frederick Terman, coordinador del departamento de ingeniería eléctrica de la Universidad de Stanford, animaba a la élite de ingenieros a tomar la iniciativa y crear sus propias firmas, un espíritu empresarial que posteriormente se le denominaría como ‘la cultura del riesgo’. El ADN de Silicon Valley es el del gesto desobediente inspirado por la mezcla de una visión renovadora de la industria y el sueño americano de la realización de sí mismo (Sadin, 2018). Esta nueva cultura del emprendimiento motivaría más de tres décadas más tarde a los grandes gurúes de la industria digital: Bill Gates, fundador de Microsoft, y Steve Jobs y Steve Wozniak, fundadores de Apple. En la segunda etapa de Silicon Valley nació la figura del ‘emprendedor libertario’, una suerte de genio redentor imbuido del ambiente contracultural de los años 60 que desafiaba la rigidez de las normas y se oponía a toda forma de autoridad. La exaltación paródica de las nuevas tecnologías como comadronas que darían a luz una aldea global interconectada de manera permanente alcanzaría su punto álgido a finales del siglo XX, un siglo que clausuró con el derrumbe de las cotizaciones de Nasdaq. El optimismo y la megalomanía tecnológica dio lugar “al ‘primer estallido’ psiquiátrico de Silicon Valley” (Sadin, 2018: 76). A principios del nuevo milenio, los atentados del 11 de septiembre de 2001 precipitaron el paso de la anarquía en la red al almacenamiento masivo de datos y la organización algorítmica de la vida cotidiana.

El movimiento de las grandes industrias digitales del valle de San Francisco se inserta en el interior de un marco ideológico-político heredero del libertarismo histórico de Aynd Rand o Ludwig Von Mises, pero actualizado por principios cibernéticos que ahora son la condición de posibilidad de una organización automatizada del mundo. La toma de decisiones no corresponde ya a un individuo guiado por fundamentos económicos, sino a un “ser computacional superior”, ultra-racionalizado, que resuelve atendiendo a procedimientos algorítmicos. “Emerge una suerte de fisio-psico-economía que se impregna de nuestros estados fisiológicos y psicológicos y que es capaz, en cada instante, de orientar, por el mayor bien posible, el curso de nuestra existencia” (Sadin, 2018, p. 151). El anhelo del proyecto siliconiano de impregnar todos los rincones de lo cotidiano es el inicio de una industria de la vida, busca satisfacer de manera permanente las pulsiones de un individuo que gravita en un sistema de flujos y objetos interconectados.

El modelo empresarial de esta nueva forma de libertarismo digital puede ser simbolizado a través de la empresa *start-up*, una versión modernizada y popular de la escena primitiva del garaje en el que William H. Hewlett y David Packard, alumnos de Frederick Terman, se consagraron como la encarnación del espíritu de Silicon Valley. La *start-up* está dotada de un espíritu joven, rebelde e iconoclasta, que intenta, a través de la innovación digital, colmar las falencias de la sociedad. Tiene inscrito en su código genético esa máxima de Samuel Beckett adoptada por los líderes espirituales del neoliberalismo que dice: “fracasa otra vez, fracasa mejor”. Es una suerte de “forma Kleenex” (Sadin, 2018) sentenciada a su destrucción cíclica, lo que propicia una sensación permanente de incertidumbre y una precariedad estructural que se presenta como el resultado del espíritu dinámico de la juventud. Además, pese a su apariencia *cool* e iconoclasta, la *start-up* está impregnada de códigos normativos —un vestuario definido por prendas ridículas, perfiles mayoritariamente masculinos o una división jerárquica del trabajo camuflada entre una infinidad de anglicismos— y de los valores de la rivalidad más salvaje: “la empresa *start-up* es un animalito bonito que cuando nace parece afable y que, desde el momento en que crece, buscará aplastar toda competencia y conquistar el mundo” (Sadin, 2018, p. 160). Uno de los ejemplos del arquetipo *start-up* es ‘Alphabet-Google’, donde la actividad se lleva a cabo bajo la apariencia de un ambiente jovial y despreocupado: un lugar de trabajo que ofrece cursos de yoga o meditación, chefs que elaboran platos dietéticos con ingredientes *bio* o sesiones de introspección para liberar energías positivas. Lo que se esconde tras la fachada de lo *cool* es una extracción absoluta de la plusvalía, propiciada por mecanismos que diluyen las diferencias entre el tiempo de vida y el tiempo de trabajo.

A principios del siglo XX Antonio Gramsci analizó como los métodos introducidos por Henry Ford en las fábricas no implicaban únicamente una reorganización del proceso productivo, sino una reestructuración de los modos de vida en su conjunto. En nuestro presente el modelo de la *start-up*, además de imponer una mayor flexibilización del proceso laboral o la apuesta por empleos de corta duración, se revela como la trans-

formación sobre todas las capas de la vida. Como reza la famosa y ampliamente citada máxima de Margaret Thatcher: “la economía es el método, lo importante es cambiar el alma”. Sadin ofrece hace una radiografía del nuevo líder espiritual, el *startupper*, quien, inspirados en Mark Zuckerberg o Elon Musk, busca realizar una reforma integral de nuestras costumbres “a través de técnicas que explotan hasta el menor de nuestros suspiros” (Sadin, 2018, p. 212). Son individuos conscientes de que la revolución digital será el momento de apertura de una nueva era y, por lo tanto, cargan con la responsabilidad de ser los promotores de un mundo hasta ahora desconocido. Se descubren como una suerte de superhéroes siliconianos que desafían los límites de la naturaleza con proyectos imposibles, como un ascensor para llegar al espacio o el ‘tren supersónico’ diseñado por Elon Musk. La representación de sí como un sujeto omnisciente cuenta con una dimensión neurótica, como el protagonista de *American Psycho*, Pate Bateman, un avaricioso *trader* de Wall Street preso de pulsiones terriblemente violentas. Es como si los intelectuales orgánicos del actual estadio de la técnica, es decir, los portadores de un nuevo ordenamiento ético-político, fueran individuos con serios desórdenes mentales. Sadin imagina devolver a la isla de Alcatraz, ubicada también en la bahía de San Francisco y reconvertida en un parque nacional, su carácter de presidio, donde poder observar “a aquellos que, a partir de la segunda década del siglo XXI, afirmaban, y casi todos le creían, que ‘enriquecerían’ nuestras vidas y obrarían por el bien de la humanidad gracias a tecnologías concebidas por sus cerebros ‘insanos’, delirantes y enfermos” (Sadin, 2018, p. 218).

4. Referencias

- Ponte, J. (2 de mayo, 2020). *Mercado y Estado: Fetiches en tiempo de COVID-19. La cultural*. Recuperado de: <https://culturalgijonesa.org/mercado-y-estado-fetiches-en-tiempos-de-covid-19/>.
- Sadin, E. (2017). *La humanidad aumentada. La administración digital del mundo*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Sadin, E. (2018). *La silicolonización del mundo. La irresistible expansión del liberalismo digital*. Buenos Aires: Caja Negra.

3. ¿Una gestión tecnolibertaria de la pandemia?

En el último tiempo, como resultado de algunas de las medidas de vigilancia implementadas para la gestión de la pandemia de la COVID-19, ha aflorado de nuevo el debate sobre el papel de las tecnologías en la sociedad y la economía de los datos. Hay a quien le preocupa la instauración de sistemas de vigilancia que, como ‘el Greco’, extraigan sus propias conclusiones atendiendo a señales psicosomáticas, o la instalación de una *app* que permita rastrear de manera permanente todos y cada uno de los desplazamientos y almacenarlo en granjas de servidores. En la era del quinto Silicon Valley, cuando incluso los gurúes del neoliberalismo más exaltado han clamado por la intervención del Estado para el control de la pandemia, el debate político ya no pone el foco en la dimensión cuantitativa: ¿más o menos Estado?, sino en su carácter cualitativo: ¿por qué tipo de Estado nos decantamos? (Ponte, 2020). Si lo hacemos por uno más democrático, que opte por un tratamiento público y transparente de la información y, además, ponga cortafuegos a las grandes compañías de la industria digital o, por el contrario, continuar con el ya ha asumido consenso dominante de la progresión irrefrenable de la cibernética, el *laissez-faire* tecnológico, de nuestras democracias social-liberales. Imagínense: ¿Cómo sería dejar el futuro de una sociedad golpeada por un virus con índices elevados de mortalidad en manos de un grupo de neuróticos con ínfulas de superhéroes? “De nuestro grado de implicación dependerá nada más y nada menos el porvenir de nuestra civilización” (Sadin, 2018, p. 262).

Manuel Romero Fernández
 Universidad Complutense de Madrid
 E-mail: manuer07@ucm.es
<https://orcid.org/0000-0002-6611-5498>